



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 27 No. 4

Diciembre de 2024

MALESTAR, SÍNTOMAS Y LAZO SOCIAL EN NUESTRO TIEMPO. UNA MIRADA DESDE EL PSICOANÁLISIS

Leticia Hernández Valderrama¹
Facultad de Estudios Superiores
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

El mundo contemporáneo se ha ensombrecido de malestares y síntomas que nos presentan a sujetos que se quejan de tristeza, soledad, angustia, depresión... Solos, ansiosos, llenos de dolor y sufrimiento se refugian en un narcisismo que les ofrece un imaginario de completud que los aísla y sumerge en un hedonismo vacío que los pone a distancia del deseo, del amor, de vincularse emocionalmente con otros. Observamos un tiempo donde el deseo se ha visto sojuzgado, avasallado y la humanidad invadida por un malestar generalizado. Nos preguntamos ¿qué es lo que deseamos en la actualidad?, ¿el deseo es un verdadero deseo o ha quedado carente de esa falta constitutiva tan necesaria en los sujetos para poder desear? Al parecer nos encontramos ante un nuevo síntoma que se ha ido normalizando, como si el sujeto actual tuviera un síntoma básico: el autista, que enlaza al sujeto con un goce al margen del lazo social y hace surgir al sujeto adicto a la tecnología y al consumismo. Hace falta un discurso sutil, una suplencia simbólica que logre vincular el síntoma al lazo social, que fortalezca el anudamiento estructural del sujeto y le permita tener otras posibilidades de existir en nuestro tiempo.

Palabras clave: sufrimiento, angustia, depresión, pulsión, síntomas, lazo social

¹ Profesora Titular "A". Tiempo Completo. Carrera de Psicología.
Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
Correo electrónico: leticiahv05@gmail.com

DISCOMFORT, SYMPTOMS, AND SOCIAL BOND IN OUR TIME. A PERSPECTIVE FROM PSYCHOANALYSIS"

ABSTRACT

In the contemporary world, we are shadowed by discomforts and symptoms that present us with individuals complaining of sadness, solitude, anguish, depression... Alone, anxious, full of pain and suffering, they take refuge in a narcissism that offers them an imaginary completeness which isolates them and plunges them into an empty hedonism that distances them from desire, love, and emotional connection with others. We observe a time where desire has been subjugated, overwhelmed, and humanity invaded by a widespread malaise. We ask ourselves, what do we desire today? Is desire a true desire, or has it lost that constitutive lack so necessary for subjects to desire? It seems we face a new symptom that has become normalized, as if the modern subject has a basic symptom: the autistic, linking the subject to a pleasure apart from social bonds and rising the subject addiction to technology and consumerism. A subtle discourse is needed, a symbolic supplement that can link the symptom to the social bond, strengthening the structural tying of the subject and allowing them other possibilities for existing in our time.

Key words: Suffering, anguish, depression, pulsion, symptoms, social bond.

Experiencia es simplemente el nombre que le damos a nuestros errores.
Oscar Wilde

*"Somos seres con la capacidad de desear pero siempre incompletos,
de ahí surge nuestro caminar"*
Jacques Lacan.

*Nada es tan fuerte como la pasión por el sí mismo.
El ser humano está infatuado con su propia imagen.*
Jacques Lacan.

*Cada minuto que pasa es una oportunidad para cambiar
el rumbo de nuestra vida.*
Oprah Winfrey

Actualmente, vemos un periodo signado por el auge del neoliberalismo; de una economía de mercado que fue acreditada en Estados Unidos por Ronald Reagan y en Inglaterra por Margaret Thatcher que formaron una alianza que definió el final del siglo XX. El propósito fue impulsar las grandes corporaciones económicas mundiales y los organismos como el Fondo Monetario Internacional y otros. Es

sabido que estas premisas económicas indican que el desarrollo económico y social reside en una fuerte competencia y el triunfo de los que supuestamente son mejores, llevándolos a buscar destacar y sobresalir, sin mayor preocupación por quienes no tienen las mismas oportunidades. Asimismo, se ha impulsado una cultura del narcisismo, del hedonismo, donde los sujetos se centran en cubrir las apariencias, sin un sustento serio, muchas veces, solo pretenden cubrir su vacío interior, lo que sin lugar a duda es un imaginario total. Al no lograr obtener éxito, triunfos o la riqueza imaginaria, se precipitan a momentos de frustración, autodevaluación o a la depresión misma.

El tiempo que vivimos devasta el lazo social², da preeminencia, no al sujeto del deseo, de la palabra, sino al individuo privado de esto, al sujeto devaluado, al desubjetivado, al individuo convertido en objeto mismo de consumo.

Nuestra época se caracteriza por estados generales de depresión en todo el mundo. Sus causas tienen que ver con una oferta de éxito y de promoción de mercancías que fomentan ciertos deseos imposibles de cumplir, que ocasionan importantes niveles de frustración y, consecuentemente diferentes grados de depresión al compararse el sujeto con un otro idealizado y despreciarse a sí mismo, o lo que tiene; es un imaginario idealizado como modelo al que supone debe alcanzar y de no lograrlo, se auto agrede y humilla.

Esta realidad pareciera que exige que hay que ganar, triunfar, tener éxitos constantes que en amplia medida se obtienen consiguiendo lo que en el mundo se considera importante y valioso. Todo esto es imposible para la mayoría, incluso lo es para muy pocos. Todavía más cuando lo que se pide es simplemente inalcanzable como un cuerpo de eterna juventud en las mujeres.

En la mayoría de los casos, ha producido un sentimiento de frustración, pérdida y fracaso total o relativo, provocando tristeza; muchos logran elaborar un duelo que permite de alguna manera la superación de la situación. En la realidad se produce un síntoma generalizado de tristeza permanente, digamos de una depresión que

² El lazo social que desde el psicoanálisis lo entendemos como lo que une a los hablante-seres entre sí, con vistas a renovar lo vivo y a hacer obra en la civilización.

habita el ser, porque nunca se podrá lograr todo lo anhelado sobre el bienestar físico y material.

Otro aspecto fundamental para considerar es lo afectivo, ya que, en el terreno del amor, la felicidad se vuelve más incierta cada día. La idea misma de la pareja se volvió problemática. Paul Verhaeghe (2005), comenta que por mucho que se hable del romanticismo y de la declaración de amor, éste suena hueco, y más aún el “para toda la vida”, que ha sido remplazado por “por el tiempo que dure”, o el “veremos si funciona”. Al parecer este desencanto ante la relación de pareja se ampara en la experiencia de lo vivido y observado en las generaciones de los padres que representan con frecuencia, la desilusión, la esperanza frustrada, el dolor, la decepción, la separación, etcétera. Así, la relación amorosa de larga duración no sólo es percibida como imposible, sino como algo turbio, oscuro, amenazante; es decir, como el signo de un desarreglo psíquico que hay que curar a la brevedad si ello no funciona. Es dar un paso del deseo a lo pulsional que puede llevar a un movimiento giratorio que mude en un enloquecimiento que lleve a esperar la explosión, en un salto a lo irrealizable de la relación. Irrealizable porque son muy diferentes o radicalmente opuestos. Tratándose de la pulsión³ y del deseo, el resultado siempre será singular, nunca generalizable, ya que es sobre la diferencia donde debemos poner nuestra atención. En nuestro tiempo, es el paso a la instantaneidad de la pulsión que se opone a la continuidad del deseo (Tánatos en contra de Eros).

En este contexto, se desarrollan nuevas patologías producto de discursos prevalecientes en nuestro tiempo donde el deseo se ha visto doblegado por la pulsión de muerte. O lo que es lo mismo, estamos viviendo nuevas formas de subjetivación que nos llevan a hablar de un nuevo sujeto, un sujeto que se ha cubierto de malestares e incomodidad en la vida. El malestar actual tiene una

³ Lacan en 1964, afirmó que a diferencia de Freud que oponía la pulsión de muerte a las pulsiones sexuales, la pulsión de muerte no es una pulsión separada, sino un aspecto de todas las pulsiones. “La distinción entre pulsión de vida y pulsión de muerte (Eros y Tánatos), es verdadera en cuanto pone de manifiesto dos aspectos de la pulsión”. Por consiguiente: “toda pulsión es virtualmente pulsión de muerte” (E.848), porque 1) toda pulsión persigue su propia extinción; 2) toda pulsión envuelve al sujeto en la repetición, y 3) toda pulsión es un intento de ir más allá del principio del placer, hasta el reino del goce excesivo, en el que es experimentado como sufrimiento (Evans, p. 160, 2007).

tendencia por destruir el lazo social, alejando al sujeto del Otro y lo otros; se ha convertido en un síntoma generalizado y no podemos desconocer que, en ello, está lo real implicado, lo traumático.

En este sentido Jacques Alain Miller (2011), menciona: “el síntoma es fundamentalmente real en la medida que en que resiste al decir”, esta resistencia percibida como “malestar”, no puede separarse del discurso capitalista y científico porque se encuentran mutuamente interrelacionados. Asimismo, el sujeto al colocar el objeto de goce y de consumo con un trasfondo amenazante y depresivo nunca encontrará satisfechas sus apetencias, lo que se presentará es una oferta infinita y siempre renovada a quienes más o menos pueden satisfacerlas. Del otro lado, estarán los sujetos que solo pueden verlas a distancia generándoles mayor insatisfacción y envidia.

En este contexto, no solo observamos las tendencias narcisistas, sino también, el incremento de tendencias esquizoides ante la cada vez mayor fragmentación en los ámbitos de la vida. Asimismo, es notorio el aumento de las enfermedades psicosomáticas, el incuestionable crecimiento de patologías como la anorexia, la bulimia, las toxicomanías; los cada vez mayores niveles de soledad y retraimiento en una época signada por el desarrollo de la comunicación tecnológica; las angustias y ansiedades que originan el miedo desmesurado a múltiples aspectos de la realidad; la desvalorización de la propia persona al enfrentarse a las creaciones tecnológicas; la anomia como consecuencia de la falta o incongruencia con las normas sociales; la indefensión y subordinación ante un poder a veces menos visible, aunque cada vez más percibido como poderoso, y las crisis cada vez más frecuentes en las relaciones personales, de familia y de pareja.

Entonces, es prudente preguntarnos: ¿qué paso con lo simbólico que antes nos anudaba y sostenía en la familia y la cultura? ¿dónde quedó el deseo y dónde se perdió el amor? ¿Es el goce desmesurado que se ha instalado en el psiquismo de los sujetos ensombreciendo nuestro tiempo y empobreciendo la convivencia familiar y social?

Deseo, amor y dolor

¿A qué obedece la pérdida de interés sobre el amor? Tentativamente podríamos decir que al inicio tiene que existir una falta fundamental que posibilita la búsqueda de una pareja, lo esencial será el objeto fantaseado, anhelado que moviliza al sujeto para hallarlo. Solo que el objeto alcanzado, generalmente no responde al tiempo invertido o a las fantasías forjadas en torno a él. Así en el pasaje del deseo a su realización, se pierde algo que no podemos articular en términos de deseo, porque es necesario que el objeto falte para que éste se sostenga. Es decir, el objeto sufre una mediación, ya que su representación es alterada por lo imaginario por la fantasmagoría del sujeto deseante. En las relaciones de pareja nunca se puede obtener al objeto, sólo se tienen semblantes, Lacan (1963) lo menciona como el “objeto “a”, causa del deseo” que permite organizar la subjetividad del sujeto.

Es frecuente que el sujeto luego de elegir su objeto “a” causa de su deseo, pueda desencantarse de él y caer en la apatía, en el desinterés, en dejar de luchar, conquistar, crear, hacer poiësis y extraviarse en el proceso creativo que exige toda relación amorosa y que aleja de la pulsión de muerte. El resultado será el desconcierto, el enojo, la separación, la muerte del lazo entre ellos. Es caminar al sufrimiento, al dolor, a la pulsión de muerte.

La pérdida del objeto, la decepción, el desengaño o el tiempo empleado en conseguirlo puede conducir al sujeto a la depresión. La queja que subyace en esto puede ser reducida a dos variantes: “No deseo más”, o “No me desea más” o “Nadie me desea”. El sujeto se siente vacío, insignificante, nulo, la vida se ha vuelto sin sentido. Para el sujeto depresivo, la dimensión del tiempo se desconecta; puesto que éste normalmente se mide en función del deseo. Faltan X días para “lograr, esto o aquello”, para “volverla/o a ver...”. Sin este tipo de plazos, ya nada se mueve, todo está paralizado.

Paul Verhaeghe (2005), nos dice que estas expresiones “No deseo más” y “Nadie me desea”, conducen a la dimensión capital del deseo, a saber, el otro. Cuando incluso el objetivo del deseo consiste en su mantenimiento; este objetivo debe necesariamente pasar por el otro.

No es en valde, volver a decir que todo deseo incluye siempre un rol al otro, por el otro o en contra del otro, pero nunca sin él. Cualquiera que sea el objeto o designio, el deseo está siempre atravesado por esta misma pregunta: ¿Qué lugar tengo en su deseo? ¿cuánto más puedo valer por estar incluido en el deseo del otro al que dirijo mi deseo? Lacan (1958-1959) afirma en el ¿qué me quiere el otro? Que sobre esta pregunta se apoya un fantasma característico propio de cada sujeto. En otro momento podrá preguntarse también: ¿Me quiere perder el otro?

Las relaciones con otros siempre traerán desencuentros en torno al deseo, siempre deseamos más de lo que el mundo nos ofrece, más de lo que los objetos que amamos pueden corresponder; malestar por lo que nos ha tocado vivir, por lo que hemos logrado conquistar o hemos podido construir, pero mayor malestar cuando se torna con relación a otro que amamos.

Cuando un sujeto no se siente correspondido en su deseo, Deseo desde el cual, ha tendido lazos de amor hacia otro que no mira, que no desea, que no corresponde a la demanda de amor en la misma proporción, entonces el sujeto sufre, se angustia, se deprime sintiendo un dolor en el alma.

El dolor es "un hecho personal, encerrado en el corazón de cada sujeto, el sufrimiento, es una experiencia incommunicable que tiene que ver con sentir que ha perdido al objeto que se deseaba. Le Breton (1999) menciona: "Para comprobar la intensidad del dolor de otro, sería necesario convertirse en ese otro". "El sufrimiento humano es mucho más vasto, mucho más variado y pluridimensional". El sujeto que sufre aparece envuelto en un misterio intangible que es difícil entender y para muchos insoportable. Su padecimiento siempre será incommunicable en su dimensión real.

Le Bretón explica: "Sufrir es sentir la precariedad de la propia condición personal, en estado puro, sin poder movilizar otras defensas que las técnicas o las morales". Cuando se sufre, ¿hay un goce inconsciente en el sufrir? Hay sujetos que en cada situación experimentan o buscan terminar sufriendo o alejarse del objeto en lugar de luchar. Es un sufrimiento en su dimensión de lo "real" que se pone de manifiesto y del cual es difícil ponerlo todo en palabras.

El duelo es la reacción ante la pérdida del objeto amado. Hay dos formas de duelo de acuerdo con Freud (1915): el duelo del neurótico, que concierne a la pérdida, y que se vive como un dolor consciente y entendible que llevará algún tiempo para su elaboración y reacomodo pulsional; y el segundo, el del melancólico que puede saber a quién perdió, pero no lo que perdió en él. Del lado de Lacan, observamos la problemática del objeto; el sujeto sabe a quién perdió, pero no lo que ha perdido con la desaparición de la persona amada; por lo que muchas veces termina culpándose por su pérdida.

Los autorreproches del melancólico no se encuentran siempre en el duelo normal. A partir de esta comprobación de que las quejas del melancólico no se dirigen al objeto perdido sino a sí mismo. Lo que nos lleva a recordar lo que Freud mencionó en el mismo texto: “la sombra del objeto recae sobre el sujeto”, por ello, el melancólico se hace autocríticas que no son verdaderas, ya que recaen sobre el objeto incorporado en el yo. Freud concluye que hay una identificación del yo melancólico con el objeto desaparecido, con el goce mortífero que lo lleva a la autodestrucción. No obstante, la pregunta sobre el deseo ha sido sometido a las exigencias de la época actual; sometiéndolo a nuevas demandas que lo acercan cada vez más al goce de la desolación, a un goce autístico, desligado de los demás. Reflexionemos brevemente sobre el lugar del deseo en el sujeto contemporáneo.

Malestar, deseo y narcisismo en nuestro tiempo

El deseo siempre ha sido asediado por la pulsión de muerte. En nuestro tiempo observamos sujetos con malestares emocionales, desfallecidos, apagados y en medio de su decaimiento se producen nuevos síntomas y discursos que evidencian de un deseo allanado, aplastado...

Los sujetos suelen justificar su apatía en los otros, son los otros, su forma de ser o de vivir que los colocan a distancia, que los aterra y perjudica, así como la ominosa idea de sentir que no pueden sostener el deseo, el amor de su pareja, el amor de los amigos o la relación con los demás. Esta idea perseguidora los cuestiona atenta contra su narcisismo; les dibuja un ser de carencias y en falta. Una falta que es difícil de asumir y que prefieren ponerla fuera. De esta manera, sólo aplastan su deseo,

lo hunden para no escucharlo, lo cubren con falsas ideas revestidas de un valor monetario, donde a veces sólo desean lo que el otro tiene o lo que los mercados les ofrece, invalidando e invadiendo así su deseo de cosas materiales y donde la ferocidad y voracidad de éstos los convierten en aturdidos consumidores compulsivos. Este es el síntoma generalizado que ha llevado a desubjetivarnos como sujetos, que ha afectado el lazo social en todos sentidos y que nos deja con un gran malestar en la vida llenos de inhibiciones, síntomas y angustias.

¿En qué momento se hizo propio el deseo del Otro capitalista, alienándonos en él y en consecuencia desubjetivándonos?

El cinismo, lo obsceno es una forma de nombrar este atropello, este allanamiento del deseo ante la globalización o estandarización de un mundo desarrollado. Bajo este malestar el narcismo del sujeto se enfrenta a la pulsión que es percibida como violenta y el otro es visto en su alteridad como amenazante.

Bajo esta premisa ¿cuál es la relación entre la condición subjetiva y los altos índices de violencia en el mundo, particularmente en nuestro país? Es difícil tener una sola respuesta; lo que podemos observar a grandes rasgos es:

- En lo individual se experimenta un perjuicio subjetivo; los sujetos viven su mal-estar: angustiados, temerosos, violentados, defendiéndose a través de una indiferencia silenciosa llena de ansiedad, desesperanza y desilusión, en medio de una apatía miserable...
- En lo institucional y laboral: la poca garantía de sentirse valorados, reconocidos, apreciados, apoyados, protegidos, necesitados, amados; hay un desánimo y desencanto por lo que se hace.
- En lo social se viven amenazados de manera generalizada por las políticas de gobierno y sus estrategias contra la delincuencia o crimen organizado, los acosos sexuales, los feminicidios y la criminalidad en general atraviesan al sujeto viviéndose ansioso, angustiado, desesperanzado.

Son quejas que nos hablan de la gran inseguridad que sienten los sujetos en el terreno social, a manera de un perjuicio generalizado del que no se puede decir todo, salvo, cuando ocasionalmente en un grupo se menciona algo y surge lo que

todos de alguna manera en su posición singularizada padecen; a la vez que externan su angustia y desazón al reconocer su impotencia y vulnerabilidad. Es el malestar por llegar a ser víctima, e incluso, si ya conocen a alguien cercano que lo haya sido.

Nos preguntamos ¿dónde quedo el deseo de apoyo, fraternidad y solidaridad? ¿cuál es el sentido mismo de la vida en sociedad, si partimos de la premisa que el deseo tiene que ver con la búsqueda de la conservación y preservación de la comunidad, en el sentido del ser y de la felicidad? Esto no tiene que ser solo una utopía imposible de alcanzar.

Por lo cual, necesitamos avanzar, encontrar aquello que hace borde, obstáculo, aquello que nos impide avanzar para el restablecimiento del lazo social.

Discurso capitalista en lo social

Reflexionemos cómo el Capitalismo del que nos hablaba Lacan, somete el deseo y destruye el lazo social. Él mismo destacó que todo discurso siempre es dirigido a otro; que discurrir, es dialogar siempre con otro, que el discurso tiene como fundamento hacer lazo social, ya que lleva implícito el deseo de dialogar, de estar con otro compartiendo ideas, opiniones. En su ausencia, lo crea y lo re-crea, como sucede en los cuatro discursos de los que nos habló Lacan (1969-1970): el discurso del Amo, el de la Histórica, el del Analista y el de la Universidad, mientras que el del Capitalismo lo rompe, no hay diálogo con el otro⁴, no hay interés en otro sujeto en cuanto a su subjetividad, lo ve como sujeto del consumo y no como otra cosa.

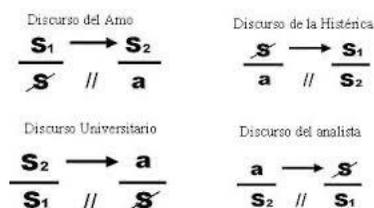
⁴ El discurso se refiere al punto donde el lenguaje se cruza. Los cuatro discursos representan 4 formulaciones posibles de la red simbólica que pueden tomar los lazos sociales y pueden expresarse como las permutaciones de una configuración de cuatro términos que muestra las posiciones relativas. Agente, el otro, el producto y la verdad. De 4 términos el sujeto, el significante maestro, el conocimiento y el objeto a.

- Agente: arriba a la izquierda. Este es el orador del discurso.
- Otro: arriba a la derecha, es a lo que se dirige el discurso.
- Producto: abajo a la derecha, esto es lo que ha creado el discurso.
- Verdad: abajo a la izquierda. Esto es lo que el discurso intento expresar.

En lo social, el papel del discurso capitalista o neoliberal ha tenido efectos: Las grandes estructuras socializadoras han perdido autoridad; las grandes ideologías han dejado de ser vehículos de organización, de trabajo y producción. Los proyectos históricos ya no movilizan como lo hacían antes; el campo social ya no es más que la prolongación de la esfera privada y privilegiada que algunos sectores de grupo pueden tener.

Ya desde 2006 Lipovetsky, mencionaba que la vida en las sociedades hipermodernas tienen como lema o estrategia la acumulación de signos de placer y felicidad. En este estado de cosas, la cultura del consumo promete la felicidad y evasión de los problemas. Por ende, el hiperconsumidor se vuelve desconfiado e infiel, busca, se aísla, entra a Internet y encuentra su atrapamiento en los objetos de consumo que lo sumergen en un individualismo. Ahora, solo ante su computadora, poco busca como referencia al otro; el otro que ahora es cibernético -para algunos sujetos es mejor estar solos que enfrentar las demandas del otro-. A pesar de esto, la soledad es uno de los mayores temores de los sujetos, y paradójicamente es el sentimiento que va en aumento en nuestros días.

Paul-Laurent Assoun (2001), nos habla del sujeto que se vive afectado y perjudicado; sujeto que podemos homologar con el consumidor, ya que aunque adquiera múltiples objetos, nunca logra tener o hacer de todo lo que su deseo abarca. Un sujeto en su discurso lo evidencia al manifestar *“me siento menos que mis compañeros, nunca puedo tener todo lo que me propongo como ellos lo hacen...”*. Se siente en un grado de excepción. Entendemos, que el perjuicio elevado a nivel del "Ideal" duplica el imperativo de goce⁵, obedeciendo la lógica superyóica de la compulsión de repetición en un *“¡compra!, ¡compra...!”*.



⁵ Goce. Lacan (1960), lo desarrolló en oposición al placer. El principio de placer funciona como un límite al goce. Es una ley que le ordena al sujeto “gozar lo menos posible”. Al mismo tiempo el sujeto intenta constantemente transgredir las prohibiciones impuestas a su goce, e ir “más allá del principio del placer”. No obstante, el resultado de transgredir el principio de placer no es más placer sino dolor, puesto que el sujeto

Es decir, en ese sentirse menos, los sujetos que no pueden obtener todas los satisfactores que anhelan, se viven como eclipsados observando o suponiendo que hay otros que sí poseen el éxito anhelado en las cosas que él desea; su posición no es sino una especie de actitud sacrificial al goce del Otro. Surge así, la envidia y queda en la espera de la posibilidad de que surja en algún momento la barradura del Otro, que lo haría sentir -en lo imaginario- que el Otro se puede responsabilizar del perjuicio que le hace padecer. Este movimiento de posicionamiento aparecerá como un acontecimiento subjetivante en la dimensión sacrificial al Otro completo y gozador que le impone un perjuicio, que lo coloca en una dimensión sacrificial. Esta situación no sólo perpetúa aquel perjuicio, sino que desde allí, ofrece al sujeto mismo al servicio de aquel Otro (Assoun, 2001). Así, un sujeto capturado en la ficción de que con sus sacrificios al Otro se colmarán los imperativos del cruel destino, pues, de él no es sino en su dimensión sacrificial un perjudicado por la hipermodernidad que imaginó que al cumpliendo las demandas del Otro Capitalista consumiendo, consumiendo... lograría la felicidad esperada.

En esta dimensión de excepcionalidad perjudicada vemos a niños solos, jóvenes violentos y ancianos desprotegidos, abandonados -entre otros-. Son ahora, las entidades colectivas sobre las que hay que reflexionar. Teniendo en cuenta los síntomas de desolación, -que hemos mencionado- son sujetos con pocas palabras, con un discurso de desánimo, con historias de separaciones, de familias rotas, de abusos y con pocas posibilidades de contar con redes sociales en las cuales podrían apoyarse y con ello atenuar lo sombrío de una tendencia mortífera que amenaza la existencia.

Así, observamos una mayor fragilización, vulnerabilidad y desestabilización emocional en muchos sujetos, ya que el grado de excepcionalidad perjudicada la experimentan en un más allá del principio del placer, en un vivir sobrellevando el perjuicio para sostener la excepción de pagar con sacrificios. Todo esto tiene su origen en el hecho de que cada vez estamos menos preparados para soportar las

solo puede soportar cierta cantidad de placer. Más allá de este límite, el placer se convierte en dolor, y este "placer doloroso" es lo que Lacan llama goce: "el goce es sufrimiento" (S7, 184). El goce expresa perfectamente la satisfacción paradójica que el sujeto obtiene de su síntoma, en otras palabras, el sufrimiento que deriva de su propia satisfacción.

desgracias traumáticas de la existencia. De acuerdo con esto, Rabinovich (2006) agrega que el sujeto encuentra allí, el goce, justo en el lugar en que se produce un evento traumático que aparece como perjuicio: perjuicio que se presentifica como un encuentro con lo real⁶, que irrumpe, que desregula la función limitadora del principio del placer y confronta al sujeto con la angustia. De lo que podemos concluir que, ahí donde el sujeto perjudicado sufre, en realidad goza e ignora lo que está oculto en su sufrimiento (si lo real por lo común se calla, es porque se mantiene más allá de lo simbólico que lo ha hecho callar. Lacan (1964) subraya “Lo real es aquí lo que vuelve siempre al mismo lugar, a ese lugar donde el sujeto, en tanto cogita [...] no lo encuentra”.

El sujeto generalmente no se pregunta por qué se mantiene en el sufrimiento, por qué le pasa lo que le pasa. Más allá de lo que repite, lo real que aparece en él se caracteriza por no ser encontrado, por escapar a la captación del pensamiento. Lo real de su sufrimiento se vuelve un goce que repite (re-torna) en el terreno de lo Real.

Malestar, síntoma y angustia

Freud ya resaltaba desde 1926 en su texto “inhibición, síntoma y angustia”, la íntima relación existente entre la angustia debida a peligros externos y la provocada por las amenazas pulsionales; sobre todo cuando el sujeto se siente incapaz para tramitar o enfrentar un peligro que se avecina desde afuera. La angustia es experimentada y vivida en el cuerpo, es la respuesta del yo ante una amenaza o situación traumática, que se presenta como un riesgo mayor.

En nuestra realidad actual, esto se ha convertido en una constante. La angustia es una emoción que no engaña y por lo mismo puede derivar en síntomas. Toda angustia suele enlazarse a situaciones experimentadas. Lacan (1963), nos dice: “la angustia no es sin objeto”, es un afecto que nos afecta y que se experimenta en el

⁶ Lo Real es definido como lo imposible, es lo que no puede ser simbolizado a través de la palabra o la escritura, por ende, está fuera del lenguaje y es inasimilable a la simbolización o “el dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización y, por consiguiente, “no cesa de no escribirse”. Lo real es “lo imposible”. Porque es imposible de imaginar, imposible de integrar en el orden simbólico e imposible de obtener de algún modo. Es este carácter de imposibilidad y resistencia a la simbolización lo que le presta a lo real su cualidad esencialmente traumática.

cuerpo de solo pensarlo; sólo que la angustia no siempre sabemos ante qué es (el objeto no es claro). A diferencia de la fobia que reduce la angustia a la percepción del “objeto”. El sujeto fóbico⁷ generalmente busca ponerse a distancia del objeto de su fobia para evitar la angustia que experimenta como miedo porque se tiene identificado el objeto (Assoun, 2000). Sin embargo, en la realidad contemporánea el sujeto generalmente vive con angustia, estresado, con problemas de identidad, inhibiciones, con diversos tipos de impotencia, que lo llevan apartarse, a segregarse de otros. La angustia tiene que ver con la Castración⁸. La idea de la castración es el tema de la angustia. Ante todo, en la neurosis hay represión en confrontación con la pulsión para evitar la angustia que se presenta frente a la falta; la angustia ante la falta del otro, ante el temor que tenga una falla o falte su castración; lo que deviene en fantasía de cuerpo roto, fragmentado... El miedo a los miedos tiene el nombre de “castración”. Un ejemplo de ello es el miedo que siente el sujeto angustiado de salir a la calle y reconocer la propia castración, su vulnerabilidad, pero también miedo a la falta de castración (miedo a la falta de la falta⁹) en el otro que se permita violentar la integridad de su cuerpo. Es un miedo a que el sujeto quede en calidad de objeto ante Otro. Este Otro sin castración que pueda devorarlo.

Citemos algunos ejemplos que nos permitan tener mayor claridad sobre esto: a) Una madre que no cumple su función como madre simbólica; porque no permite que su hijo se separarse de ella; hace crecer la dependencia hacia ella, o ella evidencia su dependencia hacia su hijo, volviéndolo así, objeto de su goce. b) Están los sujetos perversos que no reprimen su deseo y que pueden abusar de un menor sin importar su condición de vulnerabilidad, convirtiéndolos en objetos de su goce. Son sujetos que tuvieron una falla en su castración. c) Los psicóticos que no tuvieron

⁷ El objeto fóbico “no se puede ver, se le evita ver”, y no se puede ver porque el sujeto se pone a distancia porque tiene definido el objeto, por ello, dice: “tengo miedo a esto a aquello, otro” y se aleja.

⁸ El temor a la castración es ciertamente normalizante, puesto que hace interdicción al incesto, pero fija al sujeto en una posición de obediencia al padre que testimonia que el Edipo no ha sido superado. Por el contrario, la asunción de la castración es la asunción de la “falta que crea el deseo”, un deseo que deja de estar sometido al ideal paterno porque va más allá el Ideal del Yo. A la vez, le permite saber al sujeto de sus propios límites en relación con la ley.

⁹ Cuando falta la falta en el Otro (en este caso el Otro es la madre) no ha pasado por la Castración simbólica y puede demandar que un hijo se convierta en el falo faltante de ella, haciendo de él su objeto de completud (su falo).

un pasaje por la castración, en quienes está forcluida la ley simbólica y pueden vivirse en lo real de un acto sin importar la integridad del cuerpo del otro.

Es decir, la angustia no se sitúa en la simple falta, sino también en el exceso de presencia de un objeto. Si hay afecto, sería el encuentro con el Otro, bajo cuyo efecto vacilan los fundamentos del sujeto, ante la tentación de alcanzar el goce perdido. En el caso de un encuentro con el agresor se sabe que no se podría tampoco estar en un mano a mano, no hay equidad, no es la relación imaginaria del yo (*moi*) con el otro como semejante, sino el sentirse aspirado por el Otro en su omnipotencia, en llevar la adrenalina al tope y sorprendernos con su salvajismo.

Esa es la mantis de la que nos habla Lacan, es el Otro que provoca la angustia del sujeto. No saber la intención del sujeto, es decir, qué hay detrás de la máscara con la que se acerca. Entre esto, se estremecen las zozobras de la angustia, su aura de incertidumbre -contra el fondo de una terrorífica certeza de que el Otro está allí, insoslayable-.

En esa misma línea, podemos comprender el alcance de pensar el miedo que retorna transformado en angustia, sobre todo, tras una experiencia traumática vivida en el pasado, pero ahora, esa angustia es ante lo indeterminado e inesperado que puede conducir a nuevos síntomas como la anorexia, la bulimia o las toxicomanías. Silvia Bleichmar (2008) hace la pregunta: ¿Qué pasaría si el futuro fuera peor que el pasado? Es una pregunta totalmente vigente sobre lo incierto, la violencia, la soledad, los nuevos síntomas y lo sombrío que conlleva cierta angustia.

La violencia social, “los miedos” están ahí como haciendo del malestar un síntoma permanente evocando y revelando la discordancia de la cultura y la angustia de la estructura. Es decir, es el fantasma el que se pone en juego ante los niveles de violencia e inseguridad. El sujeto ante las olas de violencia incontrolable que le anuncian el reencuentro con la Cosa, se siente sin cesar amenazado, reconociendo su fragilidad en la dimensión del cuerpo y alma ante la omnipotencia del Otro. Esto ha llevado al sujeto que se siente afectado, perjudicado en su subjetividad a demandarle a la figura del Otro Social-institucional -como instancia- a tomar el lugar del padre y asegurar una mayor protección, haciendo uso de la ley para preservar el orden y el ejercicio de los derechos humanos.

El sujeto exige la reparación del Otro institucional que responda sobre la deuda que tiene con los sujetos, para que instituya la protección necesaria y que actúe como eje mediador y tranquilizador. Sin embargo, el Estado con sus instituciones parece no dar respuesta o en ocasiones solo darla parcialmente.

El psicoanálisis: un lugar para el sujeto.

La angustia y el miedo a vivir, o el malestar en la vida tocan a la muerte y al Otro como límite infranqueable en el análisis, y evocan a lo real como frontera de lo simbolizable. En la cura psicoanalítica están ligados al silencio de la pulsión en tanto que ligada al goce innombrable pero siempre presente. El silencio de la pulsión también promueve que ante la muerte y la violencia como imposibles de nombrar, adquieran sentido a través de la formación cadenas discursivas, cuya característica es la circularidad y la repetición de ciertos significantes que apuntan en la misma dirección. Es un pasado vivo capaz de ser transgredido, modificado por el discurso, una vez que el sujeto se hace cargo de su deseo. La repetición es esa insistencia que al producirse insta una temporalidad al significante cuando en su producción inscribe las huellas de las identificaciones reveladas por la transferencia.

Es cierto que la violencia, la angustia, la ausencia del otro, la muerte, la tragedia escuchada, experimentada o sentida en el alma y en la piel, son las que roban la palabra y abren el vacío en lo real del sujeto. Sólo cuando sujeto enfrenta ese vacío, puede a través de la palabra recuperar y recrear su realidad, sus objetos, su historia. Es enfrentar lo real que se oculta tras el trauma, este es el objetivo del psicoanálisis. El psicoanálisis tiene por encargo ofrecer la escucha y propiciar el despliegue de la palabra para desanudar la conflictiva del sujeto. La palabra y lo simbólico en general permiten ir encontrando determinados cauces sublimatorios a la queja del sujeto, a poder enfrentar la agresividad sentida, la angustia vivida, la confrontación con los objetos que le dan miedo y a todo aquello que propicia un malestar para no quedarse paralizado como si no estuviera implicado en lo que le sucede; es decir, posibilitarse una nueva condición, una manera menos destructiva, que le consienta aminorar su malestar y elegir una manera alternativa de vivir. Los sujetos deben autorizarse hablar de lo que experimentan, poder escucharse para hacerse cargo de la

implicación que tienen en eso que les pasa, responsabilizarse de su deseo y no estar en una posición pasiva. Si un sujeto ha sido inevitablemente confrontado con un hecho traumático violento, es pertinente que tome un psicoanálisis para que por medio de la palabra lo elabore. Así, se hace posible que logre empezar a otorgarle sentido, armar nuevas articulaciones simbólicas a partir de lo sufrido, estructurar otro soporte significativo alrededor de ese hueco inolvidable. Y hacer de la palabra un acto que implique un reencuentro con el otro, en el hecho de una re-humanización, de volver a establecer un acto de solidaridad y respeto, de volver a sentir y con-moverse con el otro.

Debemos tener presente lo que Lacan (1974) afirma en relación con el sujeto, en el sentido psicoanalítico del término, sobre todo cuando señala que es efecto del lenguaje, es un “hablante-ser”, un “Parlêtre”¹⁰, y “puntualiza que no hay otro ser que no sea de palabra. Todos los seres habidos y por haber están hechos de palabras” Todos somos hechura del lenguaje recibido del Otro y los otros. Somos seres de la palabra, siempre que hablamos damos cuenta que ha existido y existe un otro en nosotros. Con ello determinamos el lugar que se tiene entre los demás; que se tiene conciencia de sí, definida por el sentido de finitud que le impone la muerte como absoluto y su articulación con la concepción de un sujeto que no es estático, sino que surge en un instante y desaparece, porque es consustancial al deseo; "sólo se hace reconocer un momento para perderse en un querer que es querer del otro".

CONCLUSIONES

Es necesario el reconocimiento de nuestra humanidad atrapada en el comienzo de su fisiología, abatiéndose en lo que despide: malestar, violencia, síntomas, sangre, destrucción de los lazos sociales, criminalidad, muerte, etcétera. Es imposible considerar al semejante en el horror de una condena sin posibilidades: sin ninguna instancia de salvación, sin optimismo en el horizonte, y en una época que se ensombrece. Es un dictamen que nos compromete y que está allí: no hay perdón posible desde la apatía, desde el desinterés o la indiferencia a tanta ilegalidad, es

¹⁰ Lacan acuña el neologismo “Parlêtre” con el sustantivo être (ser) y el verbo parler (hablar) para subrayar su idea de que el ser se constituye en y a través del lenguaje. Un ser humano es sobre todo un ser hablante.

un dolor que nos llega a lo más hondo de nuestra subjetividad. ¡Es un vértigo!... ¡Es un vivir con miedo!... ¡Es un malestar, es un desfallecimiento! ¡No basta con cerrar los ojos! Se trata de poner en palabras y poner en acto aquello que nos nubla el horizonte, es apalabrar eso innombrable de lo real, es poder simbolizar aquello que retorna y acecha la estabilidad emocional y poder cambiar el destino que compartimos bajo este cielo que nos cobija.

Debemos reflexionar sobre el lazo social, la familia, la amistad, lo afectivo que estamos construyendo o dejando caer, para cuestionar nuestras acciones éticas, políticas, sociales, pero también familiares e individuales en medio de este siglo de guerras y turbulencias que nos agota. Es necesario hacer una re-vuelta, un retorno a enfrentar y hacernos cargo de los propios deseos y actos, que nos eleva a la propia dignidad de existir, algo opuesto al dolor de vivir que atañe a toda cobardía ante el deseo, cobardía que muy comúnmente nos lleva a la depresión y soledad, es momento de poner un alto y devolverte a la palabra el estatuto de lo humano-social para darnos la oportunidad de una re-creación de un mundo más justo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Assoun, P-L. (2000). *Lecciones psicoanalíticas sobre Las fobias*. Buenos Aires. Nueva Visión,

Assoun, P-L. (2001). *El perjuicio y el Ideal. Hacia una clínica social del Trauma*. Colección Freud Lacan. Buenos Aires. Nueva Vision.

Bleichmar, S. (2008). *Violencia social, violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Buenos Aires, Argentina. Noveduc.

Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. 4ª. Reimpresión. Buenos Aires. Paidós.

Freud, S. (1914-1915). Duelo y Melancolía. *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu. 2001.

Freud, S. (1926), *Inhibición, síntoma y angustia*, *Obras Completas*. Buenos Aires. Editorial: Amorrortu 2001.

- Lacan, J. (1958 – 1959). *El Seminario, Libro 6: “El deseo y su interpretación”*. 2017. Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. (1964). *Seminario VII. La ética del psicoanálisis*. 10a. Reimpresión. Buenos Aires. Paidós. 2007.
- Lacan, J. (1963). *Seminario 10. La angustia*, Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. (1964). *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. 3°. Reimpresión. Buenos Aires. Paidós. 1999.
- Lacan, J. (1974/1988). *La tercera*. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires. Manantial.
- Lacan, J. (1969-1970). *Seminario XVII. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós. 2008.
- Le Breton, D. (1999). *Antropología del dolor*. Barcelona. Seix Barral.
- Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío*, Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Colección Argumentos. Barcelona. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos* Barcelona. Anagrama.
- Miller, J. (2011). *Del Edipo a la Sexuación*. 3ª Edición. Colección de Instituto Clínico de Buenos Aires. Buenos Aires. Paidós.
- Rabinovich, D. (2006). *El deseo y la angustia del Otro*. Buenos Aires, Argentina. Manantial
- Verhaeghe, P. (2005). *El amor en los tiempos de la soledad*. Tres ensayos sobre el deseo y la pulsión. 1° Reimpresión. Buenos Aires. Paidós.